

La Liturgia de la Palabra

Kristopher W. Seaman

Aún tengo muy vivo en la memoria el recuerdo de mi despertar, luego de que habían pasado los efectos de la anestesia que habían aplicado para realizar una operación craneofacial. Para mí, las intervenciones quirúrgicas son algo muy preocupante, y más aún, una intervención craneofacial era mucho más preocupante. Justo frente a mí estaba el médico cirujano que me dijo con una gran sonrisa en su semblante: “Todo salió muy bien. Se recuperará muy pronto”. ¡Qué alivio! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué noticia tan maravillosa! Esta experiencia me hizo pensar en los muchos personajes del Nuevo Testamento a los que Jesús predicó “la buena nueva” y los consoló con palabras de ánimo. Jesús continúa hablándonos, y no sólo mediante médicos cirujanos, familiares, amigos, e incluso, personas extrañas; también nos habla con sus propias palabras durante la liturgia. En la Liturgia de la Palabra, tal y como lo afirma la *Ordenación General para el Uso del Misal Romano*: “Cuando se leen las Sagradas Escrituras es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, quien anuncia la Buena Nueva” (29). Demos una mirada cercana a la estructura de la Liturgia de la Palabra.

La Liturgia de la Palabra comienza con la proclamación de la primera lectura, desde el ambón. Lo típico es que esta lectura sea tomada del Antiguo Testamento; durante la Pascua, la primera lectura corresponde al libro de Hechos de los Apóstoles. Un periodo de silencio, posterior a la proclamación, permite que la gente reflexione acerca de la palabra que se les ha proclamado. En muchas parroquias de los Estados Unidos se canta el Salmo Responsorial. Los Salmos reflejan una gran variedad de emociones, puesto que en ellos escuchamos el lamento, la acción de gracias, la alabanza y la petición. Estas palabras nos ayudan a exteriorizar nuestras propias experiencias de fe.

Usualmente, la segunda lectura es una epístola, es decir, una carta del Nuevo Testamento. Una vez más, la proclamación es seguida por un periodo de silencio. Durante la procesión con el Evangelionario, se canta el “Aleluya”; si es Cuaresma, se cantan aclamaciones tales como: “¡Gloria y honor a ti, Señor Jesús!”. En muchas parroquias el Evangelionario es acompañado con ciriales y, en ocasiones solemnes, con incienso. Esto nos lleva al clímax de la Liturgia de la Palabra: la proclamación del Evangelio. La mayoría de los domingos, estas palabras son las



mismas palabras de Jesús, tal y como aparecen escritas en los relatos del Evangelio.

La homilía debe vincular las lecturas con la vida ordinaria de la asamblea litúrgica. Al describir la homilía, la IGMR declara que “es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación, o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o de la Misa del día, teniendo siempre presente, ya el misterio que se celebra, ya las particulares necesidades de los oyentes” (65). La homilía confronta o ilumina la vida de la asamblea litúrgica con los textos de la liturgia. Los textos pueden ser oraciones que hablen acerca de las necesidades que la asamblea litúrgica esté experimentando en ese momento; pueden ser parte de la

Plegaria Eucarística, o bien, el Salmo mismo que habla al corazón del pueblo. La palabra de Dios nos consuela y nos desafía. Teniendo eso en mente, posiblemente la oración puede desafiarlos también a asumir la compasión o misericordia divina como un desafío que nos lleva directamente a la misión que Dios nos ha encomendado.

Después de que hemos proclamado el Credo, el presidente de la celebración nos invita a elevar a Dios oraciones de petición. Las plegarias de los fieles u Oración universal, tienen como su origen la homilía misma y, por supuesto, la palabra de Dios. Ambas yuxtaponen las necesidades de la Iglesia, el mundo, los oprimidos y la comunidad local con la palabra de Dios que se ha proclamado en la liturgia. El que estas oraciones sean generales significa que no se han particularizado por alguna persona o situación. Por ejemplo, en lugar de rezar por la tía Juanita que está enferma, oramos por todas las personas enfermas, en especial por Juanita, Hugo, Oscar, Matilde y Lucía. La Oración universal concluye la Liturgia de la Palabra. Es entonces que comienza la Liturgia Eucarística.

Aun cuando no podemos ver las palabras, su fuerza, especialmente si son las palabras de Cristo proclamadas en la liturgia, tocan lo más profundo del corazón y nos desafían a llevar adelante la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia.

KRISTOPHER W. SEAMAN, MA, MAT, es el subdirector de la Oficina para el Culto Divino de la diócesis de Gary, Indiana.